

Modas literarias de vida efímera

UNA actitud crispada y peligrosamente tensa es insostenible indefinidamente, y mucho más una literatura crítica no apoyada sobre esquemas ideológicos o de partido.

El mérito mayor de los *iracundos* ingleses fue introducir, de repente, en el panorama de la literatura inglesa, tipos marginales no precisamente adscritos a la clase alta o media, ya irremediablemente estereotipados incluso cuando los abordaban con su habitual mordacidad Huxley o Waugh.

Los *iracundos* aportaron una visión distinta de su país —o de ciertos sectores— al introducir los conflictos del mundo industrial, los personajes extraídos del proletariado, que por un momento insuflaron una saludable violencia en la literatura de la Gran Bretaña, cada vez menos grande, después de todo.

Pero en el fondo estos escritores superaron difícilmente la confusión de sus propias ideas y pronto se vio claramente que fuera de cierta violencia de caracteres, de una agresividad explicitada sin continuidad, nada más tenían que decir. Muchas de sus obras adolecían de un evidente desmadejamiento formal, que al principio podía disimularse con la novedad de los temas. Los más visibles defectos del grupo estaban reflejados en aquel caótico libro de Colin Wilson, *The Outsider*, una especie de devocionario de la rebelión como esencia del arte que hoy —y ayer— no se puede leer sin sonreír. Sin embargo, en el momento de su aparición fue un formidable *best-seller* en Inglaterra.

Hoy, algunos escritores continúan tratando los aspectos menos agradables de la vida inglesa sin recurrir a la estridencia. Son los que están modelando la imagen de un país que ha cambiado en tantos sentidos en los últimos años. Esos escritores se llaman Alan Sillitoe, Colin Mac Innes, Irish Murdoch, Angus Wilson, Doris Lessing y no todos son, precisamente, unos muchachos, aunque algunos provienen de los llamados *iracundos* o emparentan con ellos por su actitud crítica.

Pero la visión de estos escritores no es deliberadamente apriorística en relación con los problemas sociales y el nuevo tiempo. Parecen haber superado cierta gratuidad agresiva decantando su crítica de una manera más constructiva aunque no menos implacable. Podría decirse que

continúan de alguna manera la gran tradición de la novela inglesa separándose de sus estereotipos, su humor gastado, sus pruritos clasistas. Han universalizado los problemas y humanizado por extensión los personajes de sus obras.

Los primeros *iracundos* aparecieron como epígonos rezagados de ciertas tendencias francesas inmediatamente posteriores a la guerra, pero sin su coherencia. Incluso algunos de ellos no pudieron escapar a la desmoralizadora influencia del éxito, lo que demuestra que sus estructuras ideológicas eran endebles o falsas. Pero escritores que habían pasado previamente por un buen rampión ideológico —el anarquismo de Mac Innes, el comunismo de Doris Lessing— muestran ser menos capaces de integrarse en cualquier tipo de conformismo, ni siquiera el del éxito. Despojados de las camisas de fuerza ideológicas han humanizado y universalizado sus obras, enriqueciéndolas con una experiencia o sabiduría que, sin perder su agudeza crítica, su incisivo trasfondo de denuncia, ha ganado en poder de comunicación, en perfección formal, en coherencia entre lo que se dice y lo que se quiere.

Sergio Romero

La aventura del libro en el Río de la Plata

EN el número 16 de la revista argentina *Primera Plana* se publicó un extenso reportaje en el que se daban minuciosas apreciaciones sobre la nueva situación del mercado argentino para libros y datos sobre la política de sus principales editores. Con el nervioso estilo que caracteriza a esa publicación se exponían resultados que, en síntesis, pueden juzgarse como alentadores para la industria editorial en América del Sur aunque sin insistir bastante sobre las perspectivas del escritor aborigen dentro de este renovado esfuerzo editorial.

En una investigación publicada el año pasado por Raúl H. Bottaro en relación con la industria del libro en la Argentina los datos que se daban eran menos optimistas y la realidad indicaba que para esta zona la declinación de la producción librera era un hecho consumado. La reacción ac

tual contra esa abulia no sólo es doblemente meritosa porque se produce en el momento de más intensa crisis económica sino porque señala, al mismo tiempo, la presión del público que intuye que no puede quedarse atrás en un mundo que inexorablemente sigue hacia adelante.

Por nuestra parte queremos destacar un fenómeno coincidente con el de la renovación editorial en la Argentina y es el no menos importante renacimiento del libro uruguayo cuyo proceso de crecimiento es también vertiginoso. La diferencia, sin embargo, reside que mientras el editor argentino trabaja fundamentalmente para un mercado vastísimo que comprende a todos los países de habla española y el 95 % de su producción incluye exclusivamente a autores extranjeros traducidos de otros idiomas, el proceso editorial uruguayo incluye, inversamente, un 99 % de autores uruguayos que son leídos casi exclusivamente en el país.

Tal vez haya que destacar que, proporcionalmente, ambos mercados crecen a un mismo ritmo en el interés por algunos de sus propios autores, aunque habría que insistir ante los editores argentinos para que presten un mayor interés a los autores nacionales. Los resonantes éxitos de los últimos libros de Ernesto Sábato (27.000 ejemplares de *Sobre héroes y tumbas*); de Silvina Bullrich 16.000 ejemplares de *Los Burgueses*); de Julio Cortázar (8.000 ejemplares de *Final del juego*), son un vivo testimonio de que los escritores argentinos importan a su público —o pueden importarle— siempre que sean promovidos a nivel editorial.

El mismo proceso se está viviendo en el Uruguay, mercado mucho más limitado por la escasa densidad de su población, pero que se compensa hasta cierto punto con un acrecentado interés del público por la temática de sus propios autores. Por ejemplo, mientras para la Feria Nacional del Libro argentino *Primera Plana* de una cifra de 100.000 visitantes, se estableció una cifra de 180.000 concurrentes a la Feria del Libro Nacional en Montevideo, en la que se presentaron unas 50 obras nuevas. Esta realidad es sintomática de una búsqueda recíproca entre autores y público. Nunca como ahora, seguramente, las posibilidades de comunicación entre los autores de esta zona y los inmediatos destinatarios de sus libros fueron tan óptimas, tan necesarias, tan seguras. Los editores no deben perder de vista esa situación y deben

poner sus recursos, su voluntad y su inteligencia al servicio de este impostergable diálogo entre los escritores y el público de estos países.

H. G.

LIBROS

Los anarquistas y la guerra de España

José Peirats es uno de los más importantes escritores del movimiento libertario español. Fue periodista y escritor antes de participar, como combatiente, en la lucha antifascista. Después de haber pasado algunos años en América latina regresó a Francia en 1945, siendo secretario general del movimiento libertario español en el exilio. Con su libro *Los anarquistas en la crisis política española* (Alfa, Montevideo, 1964), nos propone un estudio completo y nunca realizado hasta ahora de la actividad de los anarquistas españoles durante la guerra civil.

Los primeros capítulos relatan sucintamente los orígenes del movimiento libertario español, sus primeras luchas y sus primeras pruebas. Entre insurrecciones y congresos aparecen, de vez en cuando, las grandes figuras del movimiento anarquista ibérico: Anselmo Lorenzo, Tárriada del Mármol, Teresa Claramunt, Federico Urales, José Prat, Cristóbal Litrán... Peirats analiza inmediatamente después, pero más minuciosamente, el congreso constitutivo de la C.N.T. (1 de noviembre de 1910), los períodos de clandestinidad, las luchas contra la dictadura de Primo de Rivera, la caída de la Monarquía y el advenimiento de la república. La última parte es la que ha reservado a la historia y análisis de las insurrecciones obreras de 1932 a 1936 y, a partir de ellas, destina más de doscientas treinta páginas al estudio detallado de la guerra civil y de la revolución española.

Esta última parte de la obra es, sin duda, la más original y apasionante. El autor comenta, con